

QUE ES EL CATEQUISTA

El gran hispanista peruano José de la Riva Agüero decía, no sin humor, hablando de nuestros poetas románticos, que fueron reflejos de reflejos. Algo parecido podríamos decir nosotros de muchas de las cosas que hacemos. Imitamos y vivimos de imitaciones, lo que nos impide beber en fuentes más cristalinas, como decía don José. Y es que parece ser el signo de los países que avanzan con lentitud; el avanzar no siempre quiere decir mejorar. Y decimos que parece ser el signo de los países que avanzan con lentitud el resolver sus problemas acudiendo a soluciones válidas y eficaces en otras ocasiones, pero condenadas al fracaso en medios y situaciones ajenas. No es el momento para criticarnos, pero creo que hay que decirlo paladinamente, ni siquiera vamos a las fuentes, nos contentamos con trabajos de segunda mano, con recensiones ocasionales, con artículos que comentan lo que otros hacen. Somos, pues, reflejos de reflejos. Pero habría que recordar una virtud de la vida práctica que Santo Tomás define como «recta ratio agibilium», llamada prudencia, que consiste en resolver los problemas con «recta razón», es decir, acudiendo al don de Dios, que es la inteligencia.

En un tema como el propuesto, no vamos, pues, a hacer alarde de erudición. Queremos solo repensar.

¿Qué es el Catequista? La respuesta debe ser una definición, y definir es trazar los límites, es señalar lo que abarca el objeto; por eso decían los lógicos que la definición se hacía por el género próximo y la diferencia específica. El que define, debe abarcar todo lo que cae o puede caer bajo lo definido; por eso, forzando el pen-

samiento de Jaspers, podríamos decir que el gran definidor es Dios, porque El es el gran abarcante (Umgreifende). De esto se deduce la imposibilidad de definir con precisión cosa alguna. Para definir, deberíamos saber qué es el ser; y como no lo sabemos, nuestra definición siempre será aproximada.

Se dice que no hay ciencia de lo particular y que, por lo tanto, no podríamos saber lo que es una cosa, dando a esta cosa su coloración de mismidad; no podríamos saber nunca lo que es la «cantaridad» del cántaro que tenemos aquí delante, pero sí lo que es la cantaridad en general. No hay ciencia de lo particular, pero sí de lo general; por lo tanto, un concepto puede ser definido. Pero llegados aquí, queremos hacer una pequeña observación: ¿Es verdad que solo por definición de conceptos existe la ciencia? (No queremos discutir si la ciencia es un conjunto de hipótesis verosímiles, aceptadas por convención y cuyo único valor sea su eficacia.) Con lo que la ciencia actual llama operación definitoria, ella se constituye y progresa. La operación definitoria no es otra cosa que la definición, en cuanto constituye no ya la quiddidad, sino el qué, el mismo objeto. Es, pues, una operación definitoria la que tenemos que hacer, si preguntamos por el qué del Catequista. Tenemos que constituir al Catequista, es decir (y esto es lo grave), no solo responder quiditativamente a la pregunta qué es el Catequista, sino señalarlo, mostrarlo, y al mostrarlo, determinarlo y constituirlo. Y aquí está la dificultad, ¿podremos, efectivamente, mostrar no ya cómo debe ser el Catequista, sino señalar, decir esto es, está formado así, esto lo determina?

Si queremos mostrar y, además, constituir mediante esta mostración el ser del Catequista (y aquí nos hacemos una pregunta: ¿Cómo la mostración puede constituir el ser?), tendremos que aclarar los dos conceptos de mostración y constitución. Lo que está ahí, no necesita ser mostrado; pero lo que está ahí, no tiene ninguna significación para el que está enfrente. Solo un cambio de perspectiva en lo que está ahí o un cambio de intención en el que está enfrente hacen tomar conciencia de una situación: yo estoy presente frente a esto y ahora necesito mostrarme o que me demuestren qué es esto.

Y este proceso de incorporar al objeto, es lo que llamamos constitución; para constituir el objeto como tal, no solo como elemento fundamental de la relación gnoseológica, sino como medio para un

pensamiento y una acción, es necesario mostrarlo, demostrarlo, limitarlo y definirlo. Saberlo como concepto y fundamento de la relación de conocimiento y agotar este saber; tal vez el definir nos introduzca en este secreto, pues antes de definir el objeto, hay que «finirlo», terminarlo, darlo por acabado; es decir, por sabido.

* * *

Ahora bien, esto hay que aplicarlo a nuestra definición, debemos mostrar lo que es el Catequista para que esta mostración (algo así como el filósofo de Freiburg cuando habla de la verdad) nos lleve a la constitución del Catequista. Pero si queremos mostrar, tenemos primero que desvelar, quitar los impedimentos a la visión clara, apartar las falsas nociones y recurrir a lo que se llama reducción fenomenológica. Por eso comenzamos diciendo lo que no es el Catequista. Y, en primer lugar, no es un profesor de teología, cargando las tintas en la teología; y, en segundo lugar, no es un profesor de religión, acentuando el carácter profesoral. Y porque no es solamente teólogo ni solamente profesor, podremos decir, después de haber analizado estos puntos, lo que a nuestro sentir es.

Reconocemos la necesidad de una sólida, profunda y vasta formación teológica en el Catequista; sin ella, no sería otra cosa que repetidor de fórmulas más o menos vacías de contenido, matizadas con algunos ejemplos que amenizan la clase. Nunca se insistirá lo suficiente en proporcionar al que tiene misión de enseñar, la cultura religiosa que solo una formación teológica puede dar; pero aquí acecha un peligro. El catecismo no es una clase de teología dogmática o moral según la inclinación del Catequista. Toda disciplina tiene una doble vertiente: por un lado, el desarrollo conceptual coherente o el objeto formal que la constituye como tal, y por otro, las relaciones que mantiene esta disciplina con un sujeto, o el compromiso que contrae el sujeto con la disciplina; toda disciplina es disciplina comprometida, desde que la estudia alguien para algo. Claro está que los niveles del compromiso son más o menos acentuados, pero no hay ciencia que escape a él. Mas cuando una ciencia tiene que ver con el destino del hombre; y no solo con su quehacer temporal, cuando compromete al hombre hasta su última fibra, entonces el desarrollo conceptual de esta ciencia, su «doctrina», en el sentido estricto de la palabra, es necesario, pero no suficiente. No es que no nos interese si la doctrina está bien establecida o si las soluciones dadas abaten

el pensamiento errado, todo esto tiene que ver con nosotros; lo que queremos indicar es la desviación, que consiste en explicar solo la doctrina, en contentarse con repetir un manual en el que toda duda está solucionada y toda pregunta de antemano respondida. Ya decía hace dos siglos el gran educador que fue nuestro don Toribio Rodríguez de Mendoza: «Esos manuales son la peste», porque no conmueven, porque solo hablan a una parte del hombre, y no al hombre entero.

Se podrá objetar que la teología habla al hombre entero y que tal vez son aprehensiones de quien ha leído sin mayor discernimiento autores que tratan de una «Théologie Nouvelle», o filósofos que niegan el valor del concepto y quitan a la razón su primacía, para concedérsela a la sensibilidad, a la voluntad, o tal vez a factores menos limpios y más irracionales.

Nosotros creemos más bien que éstas no son novedades y que las novedades consisten en enseñar una doctrina y no una vida, un texto y no el Evangelio.

La Religión se ha enseñado acudiendo al hombre entero mucho antes que aparecieran los teólogos de la «Théologie Nouvelle», o los filósofos del existencialismo. Y no fue otra la enseñanza de Jesús y los apóstoles. Jesús habla al hombre íntegro; de las cosas cotidianas saca lecciones eternas, y sus discípulos hacen lo mismo. Pablo recurre a la Historia cuando quiere explicar el Misterio Salvador; lo mismo hace Esteban, y es que la Historia no es solamente *Magistra vitae*, la Historia es fundamentalmente Historia Sagrada desde que Dios la dirige; pero esta Historia no es solamente pasado y, como tal, un bello ejemplo para aprovechar; está actuando, está en el presente, moviéndolo desde el pasado, como posibilidades y como condiciones para que el hecho actual emerja con nitidez. Pero hay algo más; esta Historia no puede ser meramente profana, los hombres la profanizan o, mejor, la profanan, pero la Historia es Sagrada. Desde que lo Eterno mordió en el tiempo, no puede ser otra cosa que la Historia de la Salvación. Ahora bien, cuando San Pablo o San Esteban acuden a la Historia, acuden en este sentido: como profecía, como anticipo de lo que sucedería después. Y lo mismo hace San Agustín. Cuando el diácono Deogratias se queja de sus desalientos y del poco fruto de su catequesis, Agustín escribe un librito y se lo dedica. «De Cathequizandis Rudibus» era en el siglo VII, según el testimonio de Isidoro de Sevilla, el libro de cabecera de los educadores. Agustín insiste en que la «narratio» debe comenzar por la

presentación de las dos ciudades (el tema lo desarrollará después en el «De Civitate Dei»); pero a Deogratias le dice que, comenzando por ahí, se verá claramente el plan salvador de Dios. El Catequista debe mostrar, pues, las «mirabilia Dei» o, mejor, las «mirabiliora», para que los hechos no tengan tanta importancia como su sentido profundo. «Debemos tomar precauciones —nos dice— para evitar que los hechos contados por nosotros como verdaderos no sean leídos solamente por su encanto frívolo o por una perniciosa curiosidad»¹. La recomendación tiene tanta actualidad, que nos hace pensar en los peligros de ciertos catecismos bíblicos en donde se expone el hecho con tanta minuciosidad y viveza, que nuestros alumnos pueden quedarse en la sola certeza de lo «terrestre sensible», «material y pintoresco», como dice F. Vincent, y no llegar al mensaje de salvación. Agustín se sirve, pues, de la Historia porque el hombre es un animal histórico, porque así llegamos al hombre en toda su dimensión y porque ésta ha sido la Pedagogía de Dios en el Antiguo Testamento, y ésta, a imitación suya, debe ser la nuestra. Es decir, Dios habla a los hombres por medio de la Historia, tenemos que volver a ella para hablar a nuestros semejantes. No significa lo dicho que dejemos el contenido del mensaje divino para predicar el proceso, lo meramente histórico. No. Debemos sacar del proceso o del hecho la enseñanza, la doctrina que el Señor nos quiere comunicar.

Lo mismo sucede en Santo Tomás. No se creyera que a un pensador cuyo sistema parece que desarrollara unilateralmente lo conceptual, en mengua de lo demás, hubiera que traerlo como refuerzo de una posición en la que invocamos la resonancia en el hombre total. Pero, como lo ha demostrado bien el P. Chénu, la Suma nace de la contemplación y tiende a ella. Es en la contemplación, en el acto de entrega y de amor, en el que se va comprendiendo la verdad, y la verdad va conformando la existencia. Sin la oración, las más apodícticas pruebas de la existencia de Dios o de la Divinidad de Cristo quedan truncadas; por eso, San Anselmo comenzaba su famoso argumento por una oración, y a partir de la oración, lo demostraba. Todo el plan de la Suma parte de la contemplación y lleva a la contemplación; el gran círculo se cierra cuando llegamos a la vida futura. Este darse cuenta de que la doctrina sola no satisface parece confirmarse con el juicio que el Santo hacía de su obra: «Es de paja.» Porque si no nos lleva a Dios, y de hecho no todo teólogo es santo,

¹ *De Cat. Rud.* VI-10.

no ha cumplido con su finalidad, y, dentro de su sistema, lo que no cumple con su finalidad es una aberración. La teología debe tender a Dios; no solo debe ser ciencia de Dios, sino camino hacia Dios, Itinerario hacia Dios.

¿Pero esto no es lo contrario de lo que hemos afirmado? ¿No hemos dicho que el Catequista no es un profesor de teología? Efectivamente es así; pero la contradicción es solo aparente. La teología debe ser camino hacia Dios, pero a veces deambula gozosa por fronteras muy racionales y poco divinas; las disputas de las escuelas no son siempre por puro amor a la verdad, y no se ven libres, por lo común, de faltas de caridad. Pero hay algo más, catequesis y teología son diferentes. La teología es una ciencia teórica, y la catequesis, práctica; naturalmente, subordinada a la teología; pero no por eso son intercambiables. Y si no son lo mismo, el que las cultiva no es, sin más, una u otra cosa. Si la teología es ciencia teórica que debe llevar a la contemplación, la Catequética es una ciencia práctica cuyo fin es llevarnos a vivir de acuerdo a la doctrina que el teólogo nos propone. Cuando decimos, pues, que el Catequista no debe ser un profesor de teología, queremos decir que no debe quedarse solamente en lo teórico, por más que lo teórico nos pueda llevar a Dios, sino que debe descender no solo a lo práctico (esto podría llevar a convertir las clases de religión en sesiones para distribución de buenos consejos), sino, tomando lo práctico en el sentido aristotélico-tomista —es decir, como lo concerniente a todas las actividades que regulan la existencia—, valerse de todo ello para que esta existencia sea informada y conformada de acuerdo al mensaje (Kerygma) que el Señor nos ha confiado.

* * *

Pareciera que al exigir en el Catequista algo más que una profunda formación teológica, este algo más pueda interpretarse como lo específicamente pedagógico. No desdeñamos, antes al contrario, creemos que sin los indispensables conocimientos metodológicos la catequesis corre el riesgo de un fracaso; pero tampoco creemos que solo una buena didáctica sirve para el fin de la misma. El profesor —e insistimos en la función profesoral—, por muchos recursos, ya congénitos, ya adquiridos, no es más que eso: profesar (de *profesare*, = proclamar, revelar por la palabra o por el signo). Toda su ac-

ción ha de agotarse en revelar lo mejor posible aquello que posee. Porque tiene algo y hay quienes no lo tienen, él debe entregárselo; pero para ello debe buscar la manera más fácil de entregar y de que en la entrega se conserve seguro y sin menoscabo. El verdadero profesor busca el cómo de la entrega, el objeto le preocupa, pero no tanto como la forma por la cual ésta pase a los demás. Y el buscar el cómo no es otra cosa que didascalía, es decir, enseñanza. Maestro, tal como lo entienden nuestros contemporáneos, es el que, poseyendo conocimiento, forma discípulos que continuarán la senda que él ha trazado. Lo específico del maestro es la formación de discípulos; esta formación puede tener varios niveles; puede quedarse en el plano académico, puede remontarse al plano del destino temporal, pero puede llegar a influir en el plano de la vida y de su orientación, trascendiendo lo temporal, lindando algunas veces lo religioso; puede ser fundamentalmente una concepción religiosa y, en este caso, el magisterio es profundo y duradero. Solo en los últimos casos, el «didáskalos» desborda al profesor y se transforma en otra categoría; no solamente enseña, sino que da testimonio. Pero para llegar a este estadio, el maestro ha tenido que recorrer todo el camino; él es el guía que conduce a los discípulos de la mano según su propia síntesis. Aquí estamos muy lejos de lo didáctico y de lo comunicado a través de una enseñanza oficial.

El Catequista podrá aspirar a ser maestro, pero no puede contentarse con ser profesor. En su desempeño, la pedagogía podrá proporcionarle valiosa ayuda, pero no podrá darle la potestad de llegar a las almas. Y queremos hacer una observación. Las técnicas psicológicas han progresado tanto, los estudios caracterológicos describen tan bien al hombre, que podría creerse que basta con ello para llegar a tocar el alma. Probablemente, el Reverendísimo Hermano José, en su tiempo, no conocía ninguna tipología, pero la presencia de una carta suya hizo volver a la caridad a un antiguo discípulo.

Razón tenía Guénon cuando escribía que la técnica, y esto también es técnica, amenaza de muerte todo lo auténticamente humano del hombre.

* * *

Si no basta ser teólogo, si no basta ser pedagogo, ¿qué es lo que constituye al Catequista? La respuesta se formula fácilmente: «El

Catequista es ministro de la Palabra de Dios.» Pero, ¿qué es ser ministro de la Palabra? En primer lugar, nadie es catequista por gusto propio. Hay una *vocación* de Catequista y, como tal, un llamamiento; pero llamamiento ¿a qué? Si leemos el capítulo VI de Isaías, nos encontramos con lo siguiente: el hombre Isaías ve la gloria de Yahvé y oye decir: ¿A quién mandaremos? Isaías contesta: «Heme aquí», mándame a mí. Hay llamamiento como hay misión, y la misión es clara: llevar la Palabra de Yahvé. Se nos llama, pues, a llevar la Palabra, a ser ministros de la Palabra, y ser ministros quiere decir ser distribuidores y servidores de la Palabra. El Catequista no va a contar hermosas historias ni dar buenos consejos sacados de su buen entender, tiene que llevar y servir a la Palabra. Su catequesis debe ser, pues, catequesis bíblica. Frente a la historia de la salvación realizada por Dios y narrada por hombres inspirados por El; demás están nuestras historietas piadosas y nuestros ejemplos edificantes.

¿Pero esto no es hacer mucho del Catequista? Creo más bien que no hemos dicho todo y que debemos insistir en ciertos aspectos. Si el Catequista es catequista por llamamiento, y este llamamiento se da a través de la Iglesia, ya que nadie puede enseñar la Palabra si no se lo manda la Iglesia, ¿qué función ocupa el Catequista en la Iglesia? Hay un texto de San Pedro que dice así: «Sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido» (I Pet. II-9). El cristiano participa del sacerdocio de Cristo, y de aquí brota la posibilidad de la catequesis laical; pero, continúa el Apóstol, «para anunciar las maravillas del que os ha sacado de las tinieblas a la luz admirable». Y si enseña San Pablo que hay en la Iglesia de Dios diversidad de ministerios, hay quien tiene el don de sabiduría, quien el de lenguas, quien el de milagros, quien el de profecía (cfr. I Cor. XII, 4-11), ¿qué don ha recibido el Catequista?

El Catequista es *doctor*, y doctores eran los que en cada iglesia estaban encargados de la instrucción regular y ordinaria. Pero cuando la efusión de los dones no es tan visible y cuando la Iglesia necesita del espíritu profético, el Catequista debe ser también *profeta*. Profeta no es el que anuncia lo por-venir. Juan Bautista es «profeta y más que profeta», y, sin embargo, no dijo profecías en el sentido vulgar de la palabra. Más que pre-decir, el profeta ve lo absoluto, cala en lo eterno, y porque en cierta manera llega a tomar contacto con lo eterno, puede predecir. El profeta es testigo de lo absoluto, y Juan fue el primero que dio testimonio, y lo mismo hizo el autor

del Apocalipsis, «el cual atestigua la Palabra de Dios y da testimonio de Jesucristo». Lo que hace al profeta es el testimonio; pero no cualquier testimonio, sino el testimonio de lo absoluto. El profeta ha experimentado, ha tocado lo eterno; en él, el tiempo se reabsorbe, y, por lo tanto, es indiferente el pasado o el futuro; ante lo eterno, el tiempo pierde su tensión y queda al lado, lo que se diga puede servir tanto para el presente como para el futuro, lo que interesa es que el testimonio sea veraz, «y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero».

En esta dimensión se presenta el don profético, y aquí es donde debe inscribirse la acción del Catequista; él no debe ser solo dador de la Palabra, sino, ante todo, *testigo* de ella, mártir de ella.

Es necesario que el testigo sea *idóneo*, nos dice la Escritura. ¿En qué consiste esta idoneidad? El testigo ha de hablar de lo que ha visto. Pero, ¿si no ha visto nada?, ¿si solo cuenta de oídas? Es necesario que el Catequista vea, y solo se ve en la oración; no en la meditación, que puede ser un lógico desarrollo de premisas religiosas, sino en la oración, que es «la aplicación del alma a Dios», como nos dice San Juan Bautista de la Salle. En la oración se logra el contacto con lo eterno, y en ella lo temporal pierde todo sentido de fin último; en esta perspectiva cobra significado nuestro testimonio. No vamos a hablar sin más de Dios y de sus cosas; vamos a decir que hay algo más allá, y que a ese algo nos dirigimos, y que nosotros, por haberlo captado más o menos profundamente, podemos afirmarlo. Es necesario insistir en esto, una evangelización privada de todo testimonio solo puede ser eficaz mediante un milagro. Para que el hombre crea, hay que dialogar con él; pero, además, demostrar que las realidades que le presentamos son eficaces en nuestra propia existencia. Este no es más que el primer grado de testimonio; el segundo consiste en tener conciencia del llamamiento y en dar testimonio de este llamamiento. Este testimonio no se reduce a subjetivismo sentimental e inocuo. Sabemos que hemos sido llamados para pasar de muerte a vida; no contaré mi experiencia más o menos incolora, contaré las maravillas que el Señor ha hecho con nosotros; no me ha rescatado solamente a mí, sino a todo su pueblo y a mí entre ellos; por eso puedo decir con Santa María: «El Señor hizo en mí maravillas.»

Este es el sentido de mi testimonio y el origen de mi alegría. De todo esto hay una historia que yo debo conocer y una Palabra efi-

eaz que yo debo anunciar. Y debo anunciar la Palabra con *urgencia*. Es necesario que anuncie la Palabra para que los hombres lleguen a la salvación. El Señor nos lo exige cuando dice al que quiere enterrar a su padre: «Deja a los muertos que entierren a sus muertos, pero tú ve a anunciar el reino de Dios.» Esta necesidad del testimonio ahora y en todas partes debe hacernos valorar más nuestra misión. Pero la Palabra es eficaz, ella crea y revela la Verdad. Nosotros hablamos, pero el Señor actúa en las almas; frente a nuestros pobres recursos, la Palabra tiene la fuerza de persuasión y el poder de ablandar el corazón humano. ¿Qué puede significar una piadosa consideración nuestra al lado del texto del Libro? Pero la Palabra nos compromete y yo debo estar en primer lugar comprometido; si anuncio la Palabra, no debo callar sus exigencias. La Apologética piadosa del siglo pasado hablaba de los consuelos de la Religión; habría que preguntarse si las exigencias de un Dios celoso son consoladoras o más bien creadoras de tensión y de dolor.

El Catequista es, pues, el hombre de la Palabra de Dios; pero este tesoro le ha sido confiado para que lo distribuya; para ello es necesario que lo conozca. Este conocimiento es trabajo de toda la vida, es necesario, además, que viva y saboree la Palabra. El Libro debe ser su alimento espiritual, el objeto de sus lecturas y meditaciones; debe ser, como en Jesús y en los Santos del Antiguo Testamento, su libro de oración. Hasta qué punto oración y catequesis están reunidas, no lo podremos precisar; es evidente, sin embargo, que cuanto más penetremos en los secretos de la oración, más viva y eficaz será nuestra catequesis. Pero debe también proclamar la Palabra. No se enciende una luz para colocarla bajo el celemín. Si se nos ha dado la Palabra, es para que la proclamemos cuanto podamos, pero de manera eficaz. No se podrá decir del Catequista lo que se dice de un personaje de Calderón: «Noche, ¿qué has hecho del alba?»

Conviene insistir en que el testimonio no es un testimonio individual. ¿Qué puede significar mi testimonio, cuando se trata de la salvación de las almas? El testimonio es *comunitario*; solo tiene valor y sentido en la Iglesia. Ella, por la que todos los bienes nos han venido, nos da el mandato de anunciar la Palabra. Ella es la depositaria de la Palabra, nos la entrega a nosotros, para que nosotros la comuniquemos y hagamos fructificar; fuera de ella, toda nuestra actividad será inoperante, y por eso debemos también dar tes-

testimonio de ella. Ella, nuestra Madre, nos exige fidelidad a su Esposo. Tal vez sean éstas las postreras palabras para testificar nuestra adhesión a su mandato, no sabemos lo que pueda suceder; pero que nuestro amor al Señor y a su Iglesia nos preserven del mal.

* * *

Si el Catequista es testigo y profeta, la definición, se me puede objetar, es muy general, y, por lo tanto, cae dentro de la crítica que yo mismo he formulado a propósito de las definiciones. Alguien podrá decirme: «Ese es el Catequista», pero queremos saber, preguntamos por nuestro Catequista, el de «aquí».

No creo que sea muy general la respuesta que hemos dado a la pregunta por el Catequista. Si entendemos el sentido de testigo y profeta, no tanto como ideal que debemos alcanzar cuanto como don gratuito del Señor, y tenemos conciencia del llamamiento personal y de sus exigencias, no creo que se pueda calificar todo esto de general y vaporoso; antes al contrario, es lo más concreto y lo más personal. Es verdad que nuestro llamamiento se hace en la Comunidad y para la Comunidad, pero es verdad también que es una persona la que ha sido llamada, y es a esta persona a la que se formulan las exigencias. Y aquí hay que tener en cuenta que cuanto más honda sea la llamada y más generosa la respuesta, tanto más eficaz será el ministerio; es decir, que en una dimensión de interioridad, en el descubrimiento o, mejor, en el redescubrimiento de esa categoría cristiana que es la vuelta y concentración de lo disperso y perdido, es donde se hace posible captar en su pristinidad el sentido y alcance de la misión del Catequista, y no solo de su misión, sino, antes que ella, de su razón de ser.

Porque se ha entrevisto a Dios en la oración, por eso quiere dar testimonio de El. Claro está que esto no nos dice cuál es el «deber ser» del Catequista; solo nos indica modestamente su «ser», lo que es. Desgraciadamente, las definiciones se suelen dar por el deber ser antes que por el ser, y por eso parecen más prácticas y útiles; pensemos que no es pequeña utilidad el tener ideas claras sobre algún punto.

Cuando se quiere conocer a nuestro «Catequista», y en la introducción parece que a eso tendíamos, se comete un ligero error, que luego trae desagradables consecuencias. La circunstancia en la que me muevo, ¿es determinante hasta tal punto que, ontológicamente,

deba ser definido por ella? Quiero decir que, si en una definición no se tiene en cuenta la circunstancia, ¿la definición se trunca? Creo que conviene hacer una leve distinción: si lo que se quiere definir es la actuación del ser en la circunstancia, el que no tenga en cuenta a esta última no habrá definido nada; pero si se quiere definir al ser, la circunstancia da elementos para la definición, mas no la constituye. El Catequista es un enviado, testigo y profeta, lo es tanto en el Perú como en la India o en el Canadá; pero es enviado a la India, al Canadá o al Perú, y entonces esto le da una fisonomía peculiar.

Dijimos al principio que debíamos dar una definición operatoria, por medio de la cual constituir al Catequista; que teniendo conciencia y responsabilidad, y viviendo la realidad de nuestra llamada en la Iglesia y de nuestra misión testificadora y profética, nos «conformaremos» como Catequistas.

Noé ZEVALLOS, F.S.C.
Arequipa (Perú).

EXPERIENCIAS CATEQUISTICAS DE UNA MADRE DE FAMILIA

Nuestra Revista acoge con simpatía esta primera colaboración de una madre de familia; no necesitamos recurrir a los modernos estudios de antropología pastoral para comprender el papel decisivo de la mujer en la pervivencia de las estructuras cristianas: la mujer, más conservadora que el hombre, tan distinta de él en sus estructuras afectivas, es uno de los grandes reguladores que Dios otorga a su Iglesia frente a la inconstancia en la práctica religiosa tan frecuente en el varón... Nadie como la madre de familia para transmitir la religión que ella bebió en su propio hogar; pero, ¡ay del día en que una serie de fallos, ligeramente aceptados o ignorados por los catequistas, disminuyan en la mujer la vivencia de los auténticos valores religiosos! Será una catástrofe espiritual que siglos de cristianización difícilmente podrán remediar.

Por todo ello aceptaremos gustosos, y será para nosotros un honor, la colaboración de las educadoras, tanto madres de familia como religiosas y maestras.

En el presente artículo, la señora María Dolores Godoy de Vilahur nos ofrece algunas de sus experiencias catequísticas; en la primera parte, algunos recuerdos de su infancia; en la segunda, algunas de sus observaciones sobre sus propios hijos.

Encontramos así en estas líneas los eslabones de la cadena de una auténtica tradición cristiana. En todo el artículo agradecemos la sencilla autenticidad que otorga a estas líneas valor de documento.

Los educadores fácilmente aceptamos la impresión de construir a partir de la nada la vida religiosa de nuestros catequizandos. Nos conviene de vez en cuando contemplar el trabajo largo y esencial que ha precedido a nuestra labor; un poco de humildad y de sinceridad por nuestra parte nos inclinarán a una justa admiración por los fundamentos sobre los que nos es dado construir y nos permitirán estructurar en labor de conjunto todos los esfuerzos catequísticos que convergen en el niño.

(Nota de la Dirección)

Todo niño normal, apenas despiertan sus facultades, tiende a admitir la existencia de un Supremo Hacedor. Ahora bien, en el espíritu del niño se entabla una lucha continua de integración entre las ideas que surgen de su cerebro y las realidades que va descubriendo en su búsqueda incesante e inconsciente de la verdad. Así, pues, es inevitable que, en los primeros pasos inciertos que dé su alma hacia el descubrimiento de este Ser superior que desconoce, pero ya intuye, le causen un impacto formidable los ejemplos que halle en el seno de la propia familia, en la actuación de sus padres. Da una impresión de responsabilidad tremenda pensar que del ambiente en que el niño viva depende en buena parte el que acabe por afirmar o negar la existencia de Dios.

Durante un largo período, el «cómo» y el «porqué» son los dos grandes motores intelectuales del niño: va indagando, pregunta tras pregunta, hasta agotar todas las exigencias de su sentido de la causalidad. Para él, todo ha de tener una explicación lógica y una utilidad, y por eso al «por qué» le sigue el «para qué». El realismo del niño se va adaptando a la ciencia de los padres, y éstos acaban por convertirse en seres omniscientes, tanto que llegará el momento en que si preguntáis al niño: «¿Quién ha hecho el mundo?», responderá sin vacilar: «¡Papá!» El niño ha llegado en este momento a poseer la idea de la necesidad de un autor de las cosas. Y más adelante, coincidiendo la sinceridad del padre con una inteligencia más madura en el niño, comprenderá que, por encima de su padre, hay otro Ser superior, y llegará entonces a aceptar la existencia de Dios.

La espera de la aparición de los sentimientos no puede ser nunca, de parte de los padres, pasiva. Al contrario, debemos favorecer cuanto puede provocar sentimientos buenos: el primero entre éstos es el sentimiento religioso. Debemos esperar su aparición de una manera activa, poniendo al niño en contacto con nuestra emoción religiosa.

Los padres, creo yo, hemos de asumir nuestra función pedagógica como una auténtica vocación de signo religioso: no enseñar al niño a ser bueno porque sí, sino porque ser bueno es el camino que conduce a Dios.

Si los padres quieren dar a sus hijos una auténtica educación religiosa, han de comprender que toda educación supone una integración de todos los elementos de la vida y que no basta, por lo tanto, enseñarles media hora o varias horas diarias la doctrina cristiana, si

no se les educa partiendo de un recto vivir, un cristiano proceder y un honesto pensar, según frase del gran pedagogo barcelonés Jerónimo de Moragas.

El niño, al lado de las explicaciones sobre Dios, sobre el culto divino, sobre las prácticas religiosas públicas y familiares, debe ver, ante todo, una sincera conducta cristiana. El padre que acompaña a los hijos a Misa y en el hogar da constantes muestras de cólera o de injusticia, y más aún la madre que al regresar del templo se muestra intolerante, mentirosa, llena de envidia, no puede decirse que eduquen cristianamente a sus hijos, por más que pasen horas enteras machacándoles el Catecismo. Aun cuando todos tengamos defectos, hemos de hacer comprender a nuestros hijos, por el lenguaje inequívoco del ejemplo, que no somos solo católicos cuando estamos de rodillas ante un altar.

Pero también estaría equivocado lo contrario: creer que basta con el ejemplo, y dejar para los de fuera de casa la educación. Nada como la suave paciencia de la madre o el enérgico convencimiento del padre para dar a las enseñanzas religiosas un sentido duradero.

En resumen, que se nos presenta una ardua tarea: la de educarnos bien a nosotros mismos, de catequizarnos sin descanso, para convertirnos en los excelentes educadores de los hijos que Dios nos ha confiado.

Una vez expuesto mi criterio sobre cómo nace en el niño la idea de Dios y cómo se moldea su alma a través del ambiente en que le es dado vivir, quisiera pasar —para responder directamente a lo que creo se me pide— al capítulo de los recuerdos, de todas aquellas cosas que imperceptiblemente fueron influyendo en mi formación religiosa.

EN EL HOGAR.—Indudablemente, el ver a mis padres cumplir estrictamente los deberes religiosos, de cuya necesidad y obligatoriedad me daban cumplidas enseñanzas, había de influir en el despertar de mis sentimientos religiosos; especialmente dejó huella el comprobar la acendrada piedad de mamá, cuya presencia llenaba las mejores horas de los días de mi infancia, pues el padre suele pasar, a causa del trabajo, más horas alejado del hogar.

Pero estoy segura de que lo que más influencia tuvo en mi religiosidad fue aquel «fiat» constante, sereno, resignado y aun gozoso con que respondían calladamente, sin alardes, a todas las pruebas que Dios les fue enviando en el transcurso de los años.

Quedó grabada en mi mente infantil de manera imborrable (y era yo de muy corta edad) la alegre generosidad con que entregaron a Dios al primer hijo que les pidió para seguir una vocación religiosa. Cuando les preguntaban por aquel hijo, ¡con qué orgullo respondían que se había entregado, que *lo* habían entregado al servicio de Dios! ¡Qué prueba tan evidente para mí de que aquel Dios de que me hablaban existía y de que confiaban plenamente en El cuando con tanta alegría se desprendían de un hijo para entregárselo, y cuán Bondadoso debía parecerles cuando se lo entregaban sin temor...!

Y siguieron viniendo las pruebas: la persecución religiosa de 1936-1939. Encarcelamiento de papá, allanamiento de morada, entrega de otro hijo en el campo de batalla cabe la bandera de la Virgen de Montserrat, y siempre en el corazón de mis padres aquel acatamiento de una Voluntad superior... No recuerdo una sola palabra de desesperación, de queja contra el Todopoderoso. Unas lágrimas muy humanas, un dolor muy sentido, pero en el fondo una gran paz y una total entrega a la divina Providencia.

Estoy segura, profundamente convencida, de que aquella enseñanza sin palabras, hasta quizá dada sin saberlo, aquel ejemplo constante de una fe vivida con obras, fueron las que lograron, más que todas las enseñanzas doctrinales, hacer que mi alma infantil pronunciara en el subconsciente un «creo» enérgico, indestructible, y que solo ha ido creciendo a través de los años, pues esta educación catequística de los padres no se limita a la edad escolar, sino que prosigue toda la vida; y cada época, situación o suceso importante dan lugar a nuevas enseñanzas más eficaces —cada vez lo comprendo más claramente— cuanto más silenciosas y vividas sean.

EN LA ESCUELA.—No cabe duda de que en el hogar es donde se forjan los primeros sentimientos religiosos de la criatura y que del hogar depende el que estos sentimientos en incubación surjan esplendorosos o se malogren. Pero tiene también una importancia indiscutible el cuidado que el desarrollo de estos sentimientos va a recibir en manos de los educadores.

Para mi formación, eligieron mis padres un colegio dirigido por religiosas. ¿Cómo elogiar bastante la educación impartida?

Cuando la infancia va quedando atrás y se entra de lleno en la peligrosa época de los «porqué» y de los «para qué», de que hablábamos antes, la curiosidad desborda y toma mil matices diferentes. Son muchas las ocasiones de peligro.

Recuerdo perfectamente aquellos momentos de inquietud, de verdadera angustia espiritual (ahora sé qué era esta clase de angustia; entonces no se sabía dar nombre a tales desasosiegos); en aquella edad en que todo se dramatiza y el corazón es terriblemente sentimental, cuánta paz y consuelo me proporcionaban las charlas religiosas que se nos ofrecían. Los episodios de la vida de Jesús, las tiernas anécdotas de su infancia... La admiración inenarrable que despertaba en mí la lectura de las vidas de los mártires, que me daban —nos daban puedo decir, porque luego lo comentábamos entre nosotras— unos bríos que nos parecía habríamos de imitarlos sin titubeos. ¡Y la intimidad diaria con el Sagrario, aquellos momentos en que Jesús se iba convirtiendo para nosotras en el Gran Amigo y confidente!

Recuerdo aún perfectamente el ambiente de la capilla del colegio; aquella paz especial que allí se respiraba; la voz del Padre dándonos las charlas catequísticas; la emoción única de la Primera Comunión...

Todo eso queda grabado indeleblemente en el alma de los niños. De no haber quedado tan profundamente grabado en mi corazón, como en el de tantos niños de mi edad, ¿qué hubiera sido de nosotros en los tres años críticos que siguieron a nuestra Primera Comunión? ¿Qué hubiera quedado de nuestros sentimientos religiosos, de nuestras creencias, durante el período 1936-1939, en que veíamos arder los templos, ser derribadas las imágenes, sacrificados los ministros del Señor? ¿Cómo pudo permanecer tan inquebrantable nuestra fe sin ni siquiera darnos cuenta de ello...? La familia seguía manteniendo vivo el rescoldo, podría objetarse. Pero la realidad era que poco podía entonces la familia: se hallaba deshecha, el padre encarcelado, la madre pendiente cada día de la suerte del esposo y de los hijos ausentes —quién sabe si para siempre—, y con la congoja de buscar el alimento preciso para los pequeños que quedábamos con ella.

Y, a pesar de todo, nuestra fe sobrevoló siempre por encima de la catástrofe, y puedo afirmar que ni por un momento, al ver a Cristo profanado y las iglesias vacías, dudé de que Dios existiera, porque Dios para mí estaba en un sitio de donde no podía ser arrancado: estaba profundamente entrañado en mi corazón de siete años y nada podía arrancarlo de allí. Gracias a mi familia, indudablemente,

pero gracias también, no podría dejar de proclamarlo, a mis educadoras, al ambiente de mi querido colegio.

Pasamos unos años que fueron terribles para nuestra formación. Elementos subversivos pretendían hacernos olvidar a Dios y enseñarnos lo que no debíamos aún saber y hacernos pisotear nuestra pureza... En aquellos momentos, lo recuerdo con el corazón aún palpitante de angustia, ¡cómo nos defendíamos a nosotras mismas con el recuerdo de aquellas bellísimas enseñanzas de candor, de fe, de confianza que a tantas almas nobles habían llevado al martirio...!

No supe entonces, lo sé ahora, cómo debo a «mis queridas monjas», después de mis padres, los pequeños triunfos de aquellos años críticos.

Pero de nada serviría recordar y agradecer si luego no construyéramos sobre estos recuerdos, demostrando así nuestra gratitud. Y esta gratitud constructiva es lo que se convierte en:

LA INFLUENCIA SOBRE NUESTROS HIJOS.—Han quedado atrás aquellos años de los recuerdos, del despertar a la vida corporal y anímica... El hijo de una familia cristiana y la hija de otra familia semejante han unido sus vidas cabe el altar y han tenido la suerte incomparable de que Dios les confiara la custodia de unos hijos no solo para que los eduquen y les ayuden a triunfar en la vida, sino principalmente para que, en la hora suprema, consigan la salvación de su alma.

Misión sublime, ardua y emocionante para los padres; no valdrá un aprendizaje de educador realizado con el primer hijo y aplicado luego sistemáticamente a los demás, pues cada uno suele resultar tan distinto del otro...

En la niña mayor (acaba de cumplir los siete años), la idea de Dios ha cuajado hecha sentimiento. Muy pequeñita, ya le entusiasmaron las historias, sobre todo si en ellas se hablaba de la infancia de Jesús. Cuando se le hablaba de su Pasión y de todo lo referente a los misterios dolorosos, se acordaba de que le dolía una pierna o un brazo, buscando en ello excusa para llorar (aun ahora, es muy retraída y le avergüenza mostrar externamente sus sentimientos).

Tuvo la suerte de poder convivir con los abuelos paternos (e.p.d.), y de ellos aprendió aquellas sanas costumbres patriarcales que hemos procurado ir manteniendo en nuestro hogar. El rezo del Angelus, el rezarle un avemaría a la Virgen antes de empezar cualquier trabajo, el Rosario en familia...

Desde hace más de un año, a petición suya, y como concesión especial, cuando sus hermanitos están ya acostados, ella se queda un rato más levantada para rezar el Rosario con nosotros, y cuando así sucede, es ella la que lo dirige con mucha devoción y haciendo de cuando en cuando algún ingenuo pero acertado comentario sobre los misterios, para acabar enredándose algo en las letanías.

Siempre que deseó acompañar a alguno de la familia a Misa o a las funciones de la Iglesia, se le concedió gustosamente el permiso; pero hemos procurado no forzarla, para que surgiera de ella la iniciativa. Cuando se acostumbra a los hijos a participar de las prácticas religiosas de la familia, como si fueran mayores, pero sin exigencias impropias de su edad, se familiarizan tanto con dichas prácticas, que encuentran lo más natural el acercarse a recibir los Sacramentos, y aun se les hace larga la demora en su recepción.

A los cinco años, nos asombra recitando el Catecismo, que aprendió con todo interés, sin necesidad de insistencia por nuestra parte; pero sí insistíamos para que lo comprendiera: se lo hacíamos recitar y, a cada pregunta, le pedíamos el comentario: ¿Comprendes lo que quiere decir? ¿Entiendes esta pregunta?, etc.

A veces, el carácter le suscita algunas dificultades, pero lucha por enmendarse, y su esfuerzo es especialmente notable en los días en que ha ido a comulgar... Para sus comuniones, hemos procurado siempre que vaya o con su padre o conmigo, que nos tenga a su lado al comulgar, que se sienta más unida a nosotros espiritualmente.

La segunda exteriormente ofrece quizá menos problemas que la primera. No hay que luchar con su amor propio, con su soberbia. Siempre está contenta; con solo una sonrisa conquista a todos... Una niña sin problemas. Pero, ¡ah...! Cuando a los padres no nos basta esta vida meramente vegetativa, cuando buscamos su salud íntegra, es decir, corporal y moral, surgen problemas de donde menos se piensa. A los que no quieren comprender la responsabilidad de que Dios ha revestido a los padres, les parecerá esto ganas de compliarse la vida, cuando lo que es en realidad es un deseo de allanarles la vida a nuestros hijos, procurando crezcan sin complejos ni morbosidades.

Pocos problemas «externos», pero más problemas espirituales: una niña más bien inclinada a los escrúpulos; un temperamento más linfático; le ha venido preocupando desde muy pequeña su cuerpo, su constitución; si una niña al agacharse ha enseñado los

pantaloncitos, le parecerá que ha hecho un pecado, etc. ¿Bastaría decirla a esta niña: «Déjate de tonterías»? Creo que no. Necesita más comprensión y más explicaciones, procurando que no se complique la vida sin necesidad. Habrá de explicársele las cosas lo más claramente posible, teniendo una respuesta concisa para todas sus preguntas, llevándola por el camino recto de la verdad, la discreción y la honestidad. Nuestra hijita segunda está en el grupo de estos niños que pueden sentir fácilmente su alma herida si, en vez de encontrar en los padres al amigo y al maestro, encuentran burlas, impaciencia o incluso ignorancia. Si siempre la educación, para ser eficaz, ha de ser alegre, mucho más ha de serlo en el encauzamiento del problema sexual. Todo lo referente a este problema ha de ser, creo, disminuido, atenuado y sustituido por la alegría de un juego, un pasatiempo o un cuento que aleje al niño de sí mismo; pero, sobre todo, hay que inculcarles una idea clara de lo que es pecado y de lo que no lo es, para evitar el nacimiento y desarrollo de futuros escrúpulos, que podrían amargar y dificultar la vida espiritual de nuestros hijos.

Los dos más pequeños no ofrecen aún muchos problemas, aunque es ya a estas edades cuando empieza a notarse en qué virtudes y defectos sobresaldrán y cuando hay que comenzar a aplicar las medidas oportunas. Si he hablado con más detalle de las dos mayores, es para mostrar lo diferentes que pueden ser los temperamentos de diversos hijos de unos mismos padres y cómo no pueden aplicarse a cada uno los mismos sistemas educativos.

Si procuramos que en nuestro hogar no falte nunca la nota espiritual, más sentida que forzada, nada tendrá de particular que nuestros hijos se sientan impulsados a acompañarnos al templo: que nos hagan preguntas desde muy pequeños sobre los Sacramentos, sobre los objetos litúrgicos... Todo estriba en que nosotros sepamos dejar de cuando en cuando de lado nuestro quehacer preciso, nuestro malhumor, nuestras prisas o nuestra impaciencia, para contestarles según su capacidad, procurando siempre dejar satisfecha su curiosidad.

¡Qué alegría invade nuestro corazón cuando vemos que en medio de sus juegos alborotados se les ocurre prepararle un altar a la Virgen en el mes de mayo y que la mayor dirige las oraciones y que incluso se les antoja pasar (¡oh fuerza del instinto económico!) una banjeda de dulces con una estampa para cada miembro de la fami-

lia, obsequio que ha de ser religiosamente pagado. (Claro está que al día siguiente el dinero desaparece —previo permiso— para comprar caramelos...) O bien, cuando juegan a colegios y, por la influencia de aquel al que asisten, la que dirige el juego manda a los demás: «Ahora voy a tocar la campana para ir a la iglesia», y todos se arrodillan muy serios para rezar. Y así, entre bromas y veras, para ellos la práctica de la fe se va haciendo cosa imprescindible y natural al mismo tiempo, como es natural el comer y el dormir y el jugar, porque de pequeños han comprendido que tienen un alma inmortal que necesita ser alimentada como el cuerpo, para no morir *eternamente*.

¡Qué emocionante y aleccionadora es la fe de los pequeños! Los nuestros han pasado ya por la pérdida de tres abuelitos, y, ¡cómo nos han conmovido cada vez sus comentarios! Cuando murió el abuelo paterno, la mayor tenía cuatro años, y todo fueron preguntas acerca de la inmortalidad del alma, del destino del cuerpo fallecido... Dios nos dio la serenidad suficiente para no encontrar inoportunas sus preguntas y contestarle con calma y serenidad, y nuestra fe se vigorizó al esforzarnos para inculcársela a ella. Luego oímos cómo ella se lo iba contando a la segunda con todo detalle y con la misma paciencia de que nosotros habíamos hecho gala.

Cuando, dos años más tarde, murió la abuelita paterna, ya casi holgaron las preguntas; ya surgieron los comentarios entre ellos. Cuando entraron en la habitación a los minutos escasos de la muerte para besar su frente por última vez. «¿Ya está en el cielo, verdad?», me afirmó, más que preguntó, la mayor... Y cuando, hace pocos meses, faltó mi padre, sus palabras, la reciedumbre de su fe infantil, fue el mayor consuelo para mí. Fue el comprobar, con el corazón agradecido, cómo la herencia espiritual que mi padre me había legado, yo la había hecho llegar, con la ayuda de Dios, hasta el alma de mis hijos: «Mamá está triste porque se ha muerto su padre, pero ya habrá llegado al cielo y allí se habrá encontrado con los otros abuelitos y estarán muy contentos, y ya verán a Dios, y ya no sufrirá nunca, nunca...» ¿Cabe sabiduría más grande que la que se encierra en estas palabras...?

Veo cada vez con más claridad que la educación de los hijos, la auténtica educación integral, no deja para los padres un momento de reposo. ¡Qué lejos, sin embargo, está de ser una esclavitud! Pero

sí ha de ser el cumplimiento incesante de una vocación, es decir, *del llamamiento de Dios a la paternidad y maternidad*, el cumplimiento de un deber sagrado e ineludible desde que se pronuncia el «sí» delante del altar. Habrá que vigilar, sin que el niño se sienta vigilado, sus juegos y, sobre todo, sus compañías; más adelante, sus lecturas, sus diversiones... Habrá que cuidar delante de ellos nuestro comportamiento, nuestras conversaciones, evitar las discusiones familiares, por ser su alma como una cámara que todo lo capta.

Un día, nuestro hijo (el tercero, que tiene cuatro años) dijo una blasfemia. Al instante le reprendí muy severamente, intenté hacerle sentir la fealdad de tal palabra; luego quise llegar hasta la fuente. ¿De dónde lo había aprendido? Se trataba de un amiguito, hijo de excelente familia. Avisé al padre del niño. También él buscó la raíz del mal: tenía un trabajador en su casa con este lamentable defecto... Hubo que empezar por hacer comprender su responsabilidad al empleado. El incidente no ha vuelto a repetirse, gracias a Dios, pero, sin hacer mención de lo de aquel día, le he hablado más que nunca a mi hijito del respeto debido al nombre de Dios, de la necesidad de no pronunciarlo en vano, de las alabanzas que merece, del dolor que causamos a nuestro Dios si deshonramos su Santo Nombre... Hubiera sido más cómodo darle un bofetón y gritarle: «Esto no se dice.» Pero no hubiera sido tan eficaz.

Y así ha de desmenuzarse nuestra acción en tantos aspectos de la formación religiosa.

Si, a la edad propicia, se les inculca el deseo vehemente de acercamiento a Dios, de recibirle, a ser posible, diariamente en la Comunión, no nos costará nada hacerles ser madrugadores.

Si logramos hacerles comprender que la autoridad de los padres viene de Dios y que han de cumplir nuestros mandatos como todos hemos de cumplir los que El nos da como Padre, les enseñaremos indirectamente a no discutir jamás nuestra autoridad: perfeccionándolos en su vida espiritual, los perfeccionaremos también en sus virtudes humanas, que harán de ellos personas sensatas y educadas.

Se acerca ahora para nosotros un momento delicado: el de la «gran pregunta». ¿De dónde vienen los niños? Esta pregunta podrá resultar difícil, molesta, para aquellos que han llegado a la paternidad casi inconscientemente, que creen cumplida su misión tras de haber procurado a sus hijos la mejor alimentación, el mejor puericultor, la mejor escuela y el mejor veraneo.

Pero si los padres somos conscientes de nuestra paternidad, no encontraremos terrible la pregunta, sino que nos ha de proporcionar alegría ver cómo nuestros hijos, sin perder ni un ápice de su ingenuidad, son seres completos, que han venido al mundo a resolver inquietudes, y no simplemente a vegetar.

Lo único que puede asustarnos es el no acertar con la respuesta, porque el espíritu sediento del niño pide a gritos una verdad que le satisfaga. Pero si el niño hace la pregunta a unos padres conscientes dentro de un ambiente moralmente sano, la respuesta provocará siempre en él un gran entusiasmo.

Decir la verdad quiere decir tan solo repetir las palabras del Ángel a María: «Bendito es el fruto de tu vientre.»

Si el niño ha aprendido esta maravillosa oración desde sus primeros balbuceos y si vive siempre de cara a la realidad de las cosas y se le ha enseñado que el fruto nace de la flor, acaba deslumbrado sintiendo este maravilloso misterio de ser él el fruto, y nosotras, las madres, la flor. Basta de momento con que se le diga que él es el fruto de la madre, como el fruto lo es del árbol y, sobre todo, como Jesús lo es de María. De momento, le bastará con esto y se sentirá feliz y entusiasmado y, sobre todo, depositará una entera confianza en sus padres. Luego, paulatinamente, roto ya el temor a preguntar y a responder, lo demás irá surgiendo poco a poco.

Esto nos demuestra, una vez más, que hay que estar prevenidos para esta fase del desarrollo espiritual de nuestros hijos, como para todas las demás anteriores y posteriores. Que no podemos descuidarnos un momento, que hemos de vivir en una autoeducación constante, si no queremos «fallarles» a nuestros hijos, para que encuentren siempre en nosotros al amigo y al guía que anhelan encontrar.

Todo esto nos incita a colaborar, con vocación de catequistas, con el sacerdote en la formación de auténticos cristianos; a colaborar con todos los educadores en la formación de hombres de provecho para la sociedad; pero, sobre todo, a colaborar incesantemente con Dios en la formación de hombres y mujeres con almas de apóstol, militantes conscientes de la Iglesia de Cristo, ayudándoles a conocer y a seguir su vocación, sin egoísmos por nuestra parte, para que este pequeño fruto que creció en nuestras entrañas consiga en la hora suprema la salvación de su alma y con ello, la gloria de Dios.

María Dolores GODOY DE VILAHUR

Cassá de la Selva, agosto 1962

SONDEO SOBRE LA MENTALIDAD RELIGIOSA DE UNA PARTE DEL SECTOR RURAL ESPAÑOL

OCASIÓN.

Este sondeo se ha realizado como ejercicio práctico del curso de Sociología Pastoral en el quinto año del Instituto Pontificio San Pío X de Salamanca.

FINALIDAD.

Contribuir, según el espíritu de la «Mater et Magistra», al esfuerzo para una mayor clarividencia de los problemas del mundo rural, mediante los estudios sucesivos que estas respuestas puedan permitir, y como un dato más, unido a los numerosos trabajos que se vienen publicando en este sentido.

LAS PREGUNTAS.

1. Edad.—2. Profesión.—3. Estado (soltero, casado).—4. Número de hijos.—5. Pueblo.—6. Provincia de...—7. Si usted pudiera elegir su profesión, ¿cuál elegiría?—8. ¿Por qué?—9. ¿Conoce alguna parábola de Jesús sobre el campo?—10. ¿Cuál le gusta más?—11. ¿Ha recibido alguna instrucción religiosa desde que ha dejado la escuela?—12. ¿Por qué medios?—13. ¿Qué prácticas religiosas considera más importantes? Escribalas por orden de importancia.—14. ¿Qué le parece del mundo? ¿Va bien o mal?—15. ¿Por qué?—16. ¿Por qué le parece a usted que las mujeres son más asiduas que los hombres a los actos religiosos?—17. ¿Asiste a Misa con frecuencia?—18. ¿Qué días?—19. ¿Por qué?—20. ¿Preferiría vivir en una ciudad importante?—21. ¿Por qué?—22. Si tuviese un hijo que le pidiera ser religioso, ¿le dejaría usted?—23. ¿Por qué?—24. Para ser sacerdote, ¿le dejaría?—25. ¿Por qué?—26. ¿Qué relaciones tiene usted con la Parroquia?—27. Todos reconocemos que hay que trabajar, pero ¿por qué hay que trabajar? Dé varias razones—28. ¿Qué piensa usted de las ceremonias de las bodas?—29. ¿Y de los entierros?—30. ¿Cree usted que es útil rezar?—31. ¿Por qué?—32. ¿Qué oraciones reza usted en casa?—33. ¿Está usted satisfecho con lo que gana?—34. ¿Por qué?—35. ¿Comulga usted por Pascua?—

36. ¿Por qué?—37. ¿Comulga otras veces durante el año?—
 38. ¿Cuántas?—39. ¿Piensa en los demás y les ayuda de alguna
 manera?—40. ¿Qué cosas le parece que apartan más de la Religión
 a los hombres?—41. ¿Por qué cree usted en Dios?—42. ¿Se preocu-
 pa usted de que sus hijos reciban una educación cristiana?—43. Si
 tuviera usted trabajadores a sus órdenes, ¿cómo los trataría?—
 44. ¿Qué piensa usted de la muerte?—45. ¿Qué piensa usted
 de su alojamiento?—46. ¿Cómo desearía que fuera?—47. ¿Qué ideas
 le ayudan a soportar las penas de su trabajo?—48. ¿Piensa usted en
 Dios cuando hay tormentas, malas cosechas, desgracias?—49. ¿Para
 qué?—50. ¿En qué ocupa los tiempos en que le deja libre el tra-
 bajo?

(Se suplica no firmar esta hoja.)

MODO DE DISTRIBUIR LAS HOJAS.

El mayor número de ellas ha sido distribuido personalmente por sacerdotes o seminaristas estudiantes de Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, al salir para sus vacaciones de Pascua.

HOJAS DISTRIBUIDAS Y RECOGIDAS.

Se distribuyeron unas 350 hojas, de las cuales han regresado 83.

SUJETOS ALCANZADOS.

1. *Ambiente.*—Se intentaba alcanzar tan sólo a hombres de ambiente rural de más de veinticinco años de edad. Se han introducido seis respuestas de edad inferior, y una respuesta parece ser de una mujer. Se han incluido en esta presentación por modificar muy poco los resultados.

Aun cuando se aconsejó alcanzar a personas de criterios religiosos diversos, han quedado posiblemente al margen sectores más alejados de la Religión. Esto no vicia las conclusiones si no se pide a las respuestas más de lo que pueden dar de sí. Hubo libertad y espontaneidad en las mismas por haber quedado asegurado el anonimato.

2. *Edades.*

Menos de veinticinco años, 6 (7,2 por 100).

Veinticinco a treinta años, 20 (24 por 100).

Treinta y uno a cuarenta años, 22 (26,4 por 100).

Cuarenta y uno a cincuenta años, 21 (25,2 por 100).

Cincuenta y uno a sesenta años, 7 (8,4 por 100).

Sesenta años y más, 7 (8,4 por 100).

3. *Profesiones.*

Labradores, 55, el 66 por 100; conductores, 6, el 7,2 por 100; mismo porcentaje de «obreros»; otras profesiones, con escaso número de representantes: industriales, 3; comerciantes, 3; guardia civil, 2; maestro, 1; funcionario, 1; impresor, 1; practicante, 1; sastre, 1; sin especificación, 3.

4. *Provincias.*

Alicante, 1; Burgos, 5; Córdoba, 4; Granada, 14; Huesca, 8; León, 5; Lérida, 5; Murcia, 12; Salamanca, 12; Santander, 2; Zamora, 12; sin mención, 3.

5. *Estado.*

a) Solteros (por edades).

Menos de veinticinco años, 6; veinticinco a treinta años, 13; treinta y uno a cuarenta años, 8; cuarenta y uno a cincuenta años, 4; de cincuenta y un años en adelante, ninguno.

b) Casados (por el número de hijos).

Sin hijos, 6; un hijo, 5; dos o tres hijos, 28; cuatro o cinco hijos, 10; más de cinco hijos, 13.

LA HOJA COMO RETRATO DE LA PERSONA.

Quizá el conjunto de respuestas de una hoja refleje bastante bien a un «tipo». Podríamos presentar por lo menos 35 hojas muy significativas; pero en la necesidad de limitarnos, ofreceremos tan sólo dos ejemplos. Transcribimos a continuación las respuestas íntegras encabezadas por el número de la pregunta.

Hoja número 17.

1. Treinta y dos años.—2. Cabo Primera Guardia Civil.—4. Dos hijos.—7. Sacerdote.—8. En ella está la verdadera luz que alumbraba el camino del cielo.—10. La del Sembrador.—11. Sí.—12. Los propios, leyendo libros religiosos.—13. La Sagrada Misa, el Santo Rosario, la plática del Evangelio por el Pater, etc.—14. Mal.—15. Por la

soberbia, egoísmos, por el ansia de mandar, que olvidan que el buen Jesús dijo: Amaos los unos a los otros.—16. En su mayor parte, porque son más espirituales y ven en la Religión la paz del alma, del hogar.—17. Sí.—18. Domingos y festivos.—19. Porque de no hacerlo se comete un «pecado mortal» y sería indigno de llamarme cristiano. 20. Sí.—21. No conociendo a personal se evitan los comentarios y el recogimiento en la Iglesia, en el hogar, es más pacífico.—22. Sí.—23. Para ganar almas para el Señor con sus sacrificios, sus oraciones. 24. Sí.—25. Pues porque era la ilusión de mi vida.—26. Buenas.—27. 1.º Para ganar el pan (como dijo el Señor). 2.º Para engrandecer el hogar, la Patria y, sobre todo, para evitar la ociosidad, que da paso a caer en la tentación.—28. Que muchas veces los futuros cónyuges no piensan en el gran sacramento que van a contraer; antes por el contrario, dejan la mente que deriva hacia lo efímero.—29. Que son tristes pensando en lo material, pero grandes con la vista a la Eternidad.—30. Sí.—31. Porque con la oración, el Todopoderoso nos dignifica.—32. El Santo Rosario y la Novena del Tránsito.—33. Sí.—34. Es lo suficiente para vivir y cada uno debe acomodarse a las circunstancias.—35. Sí.—36. A la vez que el Señor va al Cielo, viene igualmente al alma.—38. Una cada mes.—39. Siempre que me es factible y no va en contra de mi deber.—40. El ver revistas extranjeras, cines y el trato con gentes ateas.—41. Porque es dogma de fe y El el Supremo Hacedor.—42. Sí, enseñándolos a orar, a ser buenos.—43. Exigiéndole sus deberes, pero dándole sus derechos.—44. Que aterra sobre todo cuando la conciencia nos remuerde.—45. Que es viejo. 46. Humilde, pero más confortable.—47. Las de hacer un bien a la Patria y, sobre todo, el pensar que Dios Nuestro Señor lo tendrá en cuenta en la otra vida.—48. Sí.—49. Procure enviar un lenitivo a los que lloran.—50. Leer y hacer más presentable la oficina del Puesto.

Hoja número 74.

1. Veintiséis años.—2. Agricultor.—3. Soltero.—7. Cocinero.—8. Es el único oficio del cual me siento capaz de desempeñarlo bien.—9. La del sembrador.—11. Sí.—12. Las revistas y los círculos de estudios.—13. La Santa Misa, el Rosario, la frecuencia de la Eucaristía, primeros viernes y sábados de cada mes.—14. Mal.—15. Está muy alejado de Dios y de la Iglesia, buscan la paz por medio de inventos, y se olvidan del mejor, que es Cristo.—16. Porque las mujeres tienen diferente carácter y creo que ven las cosas con más cla-

ridad que los hombres, los cuales nos dejamos llevar por el qué dirán de los demás.—17. Sí.—18. Todos los días de precepto y alguno que otro día.—19. Creo que es el acto que más de importancia hay en el cristianismo, donde recordamos la pasión del Señor.—20. No.—21. Para un joven creo que es muy peligroso, debido a las ocasiones que hay para poder conservarse un poco decente.—22. Sí.—23. No me gusta quitar la intención de nadie (si ésta va encaminada a un buen fin).—24. Sí.—25. Señal que sería su vocación ,y porque el día de mañana son un refugio para los padres.—26. Procuró cumplir con todo lo que a ella pertenece.—27. Hay que trabajar, en primer lugar, porque el trabajo, si éste es bueno, santifica, y después, porque con ello ganamos el sustento de cada día y porque con este trabajo nos hacemos más hombres.—28. Que la gente no le damos la importancia que tiene y, además, me parece que hay demasiadas atenciones: si se paga más, más lujosas son, y siendo cristianos, tenemos derecho a ser todos igual.—29. Siendo el último acto que uno recibe, ¿por qué no podremos ser todos igual?—30. Sí.—31. Creo que es el mejor medio de ponernos en contacto con Dios.—32. El Santo Rosario y el ejercicio del cristiano.—33. No.—34. Creo que no aprecian mucho nuestro trabajo, tendríamos que estar más apoyados.—35. Sí.—36. Es un precepto de la Iglesia, el cual hay que cumplir; de lo contrario, pecaríamos.—37. Sí.—38. Todas las que me son posible.—39. Pienso en el prójimo y hago de mi parte todo lo que puedo para ayudar al necesitado.—40. Creo que hoy en día pensamos demasiado en lo material y algún desengaño del cual lo primero en pagarlo es la religión, y, además, creo que falta formación.—41. Es de razón natural pensar que hay un creador; de lo contrario, sería absurdo pensar que el mundo se formó de la nada.—42. Tal como la ley manda y según su comportamiento.—43. Que al pensar en ella nos ayuda a seguir una vida más cristiana y humana.—44. Que está un poco abandonado.—45. Más unido, que es el único medio de que éste sea más alegre y divertido tal como.—46. Al pensar en el día de mañana y con ilusión de poder formar una familia, que es el principal objetivo de esta vida.—47. Sí.—48. Para que me dé fuerzas y voluntad para soportarlas con resignación.—49. Siendo soltero, procuro emplear todos los ratos libres en buscarme una mujer para formar un hogar, que es uno de los principales fines que tenemos que cumplir como perfectos cristianos.

Nota.—Estas dos hojas se han escogido al azar de entre las 35 mencionadas más arriba.

ALGUNAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS DIGNAS DE MAYOR ATENCIÓN.

Preguntas que han merecido contestaciones más interesantes.

Ofrecemos este resultado, a pesar de lo muy subjetiva que resulta esta valoración, por tratarse aquí de una mera presentación, y no de un estudio. Damos después de las preguntas el número de respuestas que juzgamos de mayor interés.

Si usted pudiera elegir su profesión, ¿cual elegiría? ¿Por qué? (7). ¿Qué le parece del mundo? ¿Va bien o mal? ¿Por qué? (18).—¿Por qué le parece a usted que las mujeres son más asiduas que los hombres a los actos religiosos? (12).—¿Preferiría vivir en una ciudad importante? ¿Por qué? (9).—Todos reconocemos que hay que trabajar, pero ¿por qué hay que trabajar? Dé varias razones (10).—¿Qué piensa usted de las ceremonias de los entierros? (7).—¿Qué cosas le parece que apartan más de la Religión a los hombres? (19).—¿Por qué cree usted en Dios? (12).—¿Qué piensa usted de la muerte? (10). ¿Qué ideas le ayudan a soportar las penas de su trabajo? (8).

ALGUNAS RESPUESTAS MÁS INTERESANTES O CURIOSAS.

a) Algunas respuestas a las preguntas 14-15: ¿Qué le parece del mundo? ¿Va bien o mal? ¿Por qué?

Peor que cuando me criaba. No se va a Misa, ni rezan como nosotros. No hay sinceridad, peores diversiones (mi hijo va al cine muchos días) (setenta y dos años).—Regular. Somos muchos para comer y pocos para trabajar y ya nos estamos dando cuenta que el que más trabaja, peor va (cincuenta años).—Mal, porque vivimos alejados de Dios y se piensa más en destruir que en edificar (cuarenta y nueve años).—Pues sí, bien, porque vivimos mejor que los antepasados (cuarenta y siete años).—Bien, porque ya hay pan para todo el mundo (treinta años).—Bien y mal. Bien en adelantos y en ejércitos y órdenes del estado; mal en vicios, lujos, rencores y egoísmos que hay (veintiséis años).—Mal, muy revolucionario. Mucha guerra. Malas organizaciones. Deficiencia de dirección. Egoísmos (cuarenta y nueve años).—Pues va bien y mal: bien, por la organización y adelantos de ciertas cosas, y mal, por los vicios, poca conciencia y egoísmo en ciertas personas (treinta y tres años).—Mal, porque la mayoría de las personas no tienen ni «pizca» de caridad (veintiún años). Bien, porque Dios, que lo permite, es que irá bien (veintiocho años).

b) Algunas respuestas a la pregunta 16: ¿Por qué le parece a us-

ted que las mujeres son más asiduas que los hombres a los actos religiosos?

El corazón femenino es más sensible, y la mujer, en esto y en todo, es más ordenada, se preocupa más de cumplir sus obligaciones, tiene más responsabilidad de sus actos, no es tan frívola como el hombre (treinta y nueve años, siete hijos).—Por ser menos inteligentes y no tener otros sitios donde ir y creerse muchas fábulas de piedad, gustarle los rollos en la Iglesia, y la mayoría, por rutina (treinta y seis años, tres hijos).—Porque tienen más fuerza de voluntad y mucho amor a la Virgen, pero creo que el hombre que va lo hace de todo corazón (cuarenta y nueve años, cuatro hijos).—Porque son más sensatas, más débiles y frágiles y ven con más fe las cosas de Dios; a mayores influye también mucho la curiosidad y la exhibición en casos (cuarenta y siete años, dos hijos).—Esto ocurre porque los hombres tienen más respeto humano que las mujeres (veintisiete años).—Sí. En ocasiones: Mujer = a fingimiento, y hombre = a más leal.—En términos generales, el hombre es mejor que la mujer (veintiséis años).—Le gusta más a la mujer que al hombre. No le gusta ser criticada. Por lucir vestidos. El hombre es más leal que la mujer y no le importa tanto el qué dirán (cuarenta y nueve años, viudo, dos hijos).—Porque ellas se dejan llevar por lo que dicen, y los hombres saben decir más, sí o no, según creen conveniente ellos (veinte años).—Porque los hombres somos más cómodos, y nos parece que todo es cosa de mujeres (veintiséis años).—Porque son más temerosas y, además, reflexionan más que los hombres (veintiocho años).

c) Algunas respuestas a la pregunta 41: ¿Por qué cree usted en Dios?

Porque sí (todo con mayúsculas) (cuarenta y cinco años).—Por lo que veo, lo que oigo y lo que me han enseñado y lo que he leído en historias (veintiséis años).—Porque es una creencia que también tienen mis mayores y me educaron en ella (veintitrés años).—1.º Porque me educaron en este ambiente. 2.º Porque a través del tiempo he conocido algo a Dios (treinta y dos años).—Porque así me lo enseñaron mis padres, y con el tiempo lo estoy seguro (treinta y un años).—Porque en todos momentos y en todas las cosas veo su mano y su corazón cariñoso (treinta y siete años).—Las cosas nos hablan de Dios (cuarenta y nueve años).—Porque considero que todas las cosas tienen que haber tenido una cosa que le diera su origen (veintinueve años).—Porque es un ser necesario, eterno. Y si no creyera,

¿qué sería de mis obras buenas y del destino de mi alma? (veintiocho años).

d) Algunas respuestas a la pregunta 44: (Qué piensa usted de la muerte?

Que vivimos con ese temor y nos sirve para respetarnos como hermanos (cuarenta y siete años).—Todavía no he pensado nada ni quiero pensar (treinta y cinco años).—En cierta edad, la veo bien. No he pensado en el más allá de la muerte: quizá porque soy joven. En viendo venir la muerte, se llama al cura (treinta años).—Muy triste, pensando en los bienes terrenos. Seríamos mejores pensando en la muerte (veintitrés años).—Bien, porque es un trance que tenemos que pasar, y teniendo la familia colocada y pillando en gracia, lo mejor (cuarenta y tres años).—Ahora pienso yo que no tenía que llegar (veintiocho años).—Que de nosotros depende cómo venga, si en gracia, bien; si en pecado, el castigo (veintiséis años).—El día grande en que veremos a Dios cara a cara (veintinueve años).—En esto, si lo pensamos, no podríamos vivir; sería esta vida una agonía constante; hacer un examen diario de nuestros actos y pecados (cincuenta y cinco años).—Que tengo que darle cuentas a Dios (sesenta y siete años).—Que sea buena entre mis familiares y morir en gracia de Dios con todos los sacramentos (sesenta y dos años).

e) Conjunto de respuestas a las preguntas 22 a 25: Si tuviera un hijo que le pidiera para ser religioso o sacerdote, ¿le dejaría usted? ¿Por qué?

Contestan con un «sí» incondicional, 79.

Sí, con ciertos reparos, 2.

Más bien sacerdote que religioso, 1.

Más bien religioso que sacerdote, 1.

f) Conjunto de respuestas a las preguntas 17, 18, 35 y 37: Misa dominical y Comunión.

Asisten a la Misa dominical, 76 (91,2 por 100).

Comulgan por Pascua, 78 (93,6 por 100).

Comulgan con más frecuencia, 56 (67,2 por 100).

ALGUNAS CORRELACIONES QUE SE VISLUMBRAN ANTES DE UN ESTUDIO MÁS SISTEMÁTICO.

a) Deseo de permanecer en el campo o de ir a la ciudad, y edad.

Desean vivir en la ciudad, 32.

No desean establecerse en la ciudad, 44.

Indecisos, 7.

Edades de los que desean pasar a la ciudad:

Menos de treinta años, 10. De treinta a treinta y nueve años, 9. De cuarenta a cuarenta y nueve años, 7. De cincuenta a cincuenta y nueve años, 6. De más de sesenta años, ninguno.

Edades de los que no desean establecerse en la ciudad:

Menores de treinta años, 14. De treinta a treinta y nueve años, 10. De cuarenta a cuarenta y nueve años, 13. De cincuenta a cincuenta y nueve años, 2. De más de sesenta años, 5.

b) Deseo de cambio de profesión y profesión actual.

No desean cambio de profesión, 36.

Desean cambio de profesión, 42.

Los que no desean cambio de profesión, en su casi totalidad son labradores. El motivo dominante que les impulsa a permanecer en su trabajo es la costumbre, el gusto.

Entre los 42 que desean cambio de profesión hay 14 no labradores. Los motivos para desear el cambio pueden dividirse en egoístas (26) y altruistas (16).

c) Edad y valoración del alojamiento actual.

En conjunto: Muy satisfechos con su alojamiento (MS), 13.—Satisfechos (S), 31.—Insatisfechos (I), 20.—No contestan (NC), 9.

Por edades:

Veinticinco a treinta años: MS, 5.—S, 9.—I, 3.—NC, 9.

Treinta y uno a cincuenta y cinco años: MS, 6.—S, 19.—I, 16.—NC, 3.

Cincuenta y seis años y más: MS, 2.—S, 3.—I, 1.—NC, 2.

Después de estas muestras de correlaciones, y mirando al cuadro de las preguntas, se adivina que el número de correlaciones interesantes que podrían establecerse es prácticamente inagotable.

ANOTACIÓN FINAL.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a cuantos han querido prestarnos su colaboración decisiva para conseguir estos datos y a los que se han dignado mandarnos sus valiosas respuestas. Por nuestra parte, procuraremos más adelante presentar algún estudio sobre ello de interés especialmente catequístico.